



Pepa Calero

Madrid de los escritores, calles de versos

Conocí a Jane en un *tour* por el Madrid de los Austrias. Adoraba esta ciudad, había vivido aquí durante tres años y su amor por ella era más que palpable. Acababa de llegar de Nueva York, venía sola porque a última hora su amiga no pudo volar.

Pasé la tarde por el barrio de los escritores enganchada a la voz de esa americana con trenza blanca que parecía una erudita. Era increíble, conocía todas las historias, anécdotas y curiosidades de aquel fértil Siglo de Oro que antaño recorrió aquel lugar.

Bajamos por la plaza Santa Ana y continuamos por la calle Huertas, cuyas baldosas rebosan de citas de grandes escritores, como amapolas doradas. Aquí conviven, como eternos amantes, tabernas centenarias con modernos restaurantes; como si el tiempo enhebrara con hilos de nostalgia el pasado y presente.

Frente a la iglesia de San Sebastián, en el Barrio de las Musas, calle Atocha, ella se detiene y suspira, regresa al tiempo de las levitas y me cuenta que aquí se casaron José María Larra, José Zorrilla y un empedernido romántico, que ella adora, Gustavo Adolfo Bécquer. Frente a la puerta, bajo un árbol de recias hojas recita como una colegiala un par de poemas del eterno bohemio, siempre enamorado.

Miro a mi alrededor, no hay golondrinas por aquí, solo un par de palomas blancas alzando el vuelo tímidamente.

Entramos en la espectacular casa de tres plantas de Lope de Vega, Jane había realizado la reserva desde Manhattan. Allí,



bajo un naranjo, me cuenta que Lope definía ese lugar como “mi casilla, mi quietud, mi güertecillo y estudio”. Al parecer tenía una legión de admiradoras y en muchas de las casas madrileñas de antaño, además del Cristo, había un retrato del soldado, poeta, sacerdote, amante de innumerables mujeres y padre de catorce hijos. Un don Juan famoso por sus obras de teatro y sus habilidades retóricas, capaz de mantener una conversación en verso.

Lope de Vega

"Escribo por el arte que inventaron/ los que el vulgar aplauso pretendieron,/ porque como lo paga el vulgo, es justo,/ hablar en necio para darle gusto".



Qué curioso me resulta escuchar a una extranjera contar con todo lujo de detalles y anécdotas los entresijos de aquel tiempo. Un tiempo de honra, honor y sexo. Ella conoce, cual si fuera una erudita, las famosas rivalidades entre Lope y Cervantes, las enemistades de Góngora y

Quevedo, los amores y desamores de otros grandes escritores.

“Las flores a las personas ciertos ejemplos les den; que puede ser yermo hoy el que fue jardín ayer”, Góngora.

Paseando por estas calles, cuesta imaginar que este barrio bohemio, nostálgico, amable y coqueto fuera antaño el Barrio Rojo del Siglo de Oro. Era el centro de ocio de la ciudad, sembrado de tabernas, mesones y mancebías, donde los soldados de Flandes repartían besos y otras cosas menos amables. En la glorieta de Antón Martín había un hospital especializado en enfermedades venéreas. Ay, el amor, el amor.

Este barrio también era llamado el Barrio de las Huertas, porque los vecinos aprovechaban las zonas umbrías del actual Paseo del Prado, antiguamente campo, para plantar árboles frutales y pequeños huertos. Todo aquello desaparecido en el siglo XVIII.

Nos adentramos en la calle Lope de Vega, antiguamente llamada Cantarranas porque allí se escuchaba croar a las ranas. En esta calle vivió Góngora hasta que Quevedo, todo orgulloso, compró su casa, perdida por lo que hoy llamaríamos desahucio.

Miguel de Cervantes vivió en este barrio porque era el más barato y estaba cerca del mentidero de los representantes donde se reunía la gente de la farándula. Corría el año 1606 y Madrid contaba por entonces con 20.000 habitantes.

Anochece, el sol parece apagarse como una vela gastada, comienzan a brillar los primeros faroles.

Terminamos en la calle de Atocha, donde se situaba la imprenta de Juan de la Cuesta. De allí salió la primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Jane había visitado el lugar y fotografiado la máquina con la que se imprimió la más querida y amada de nuestras obras.

Junto a los versos de Bécquer, grabados en las losetas con letras doradas, un músico callejero toca el violín vestido con una camisa blanca de chorreras y un gabán negro que le llega hasta el suelo.

“El que tiene imaginación, con qué facilidad saca de la nada un mundo”, Gustavo Adolfo Bécquer.

Resulta sencillo sentir la historia como si fuera un amante que camina a nuestro lado, silencioso, como si las musas aún siguieran viviendo por aquí.

Es un Madrid mágico, irrepetible escenario de la mayor concentración de genios de la literatura universal. Comprendo que Jane esté seducida y embrujada por este barrio que parece conocer como la palma de su mano.

Terminamos nuestro paseo; mejor dicho, mi encantadora tarde turística por la calle León. Me pide que la fotografíe en la casa donde nació Jacinto Benavente, añade que nuestro premio Nobel es hijo adoptivo de Nueva York, sonrío ilusionada bajo la placa, pensando en ese amigo director de teatro que de joven dirigió *Los intereses creados*.

Hasta siempre Madrid, querido Madrid.

“Al amor lo pintan ciego y con alas. Ciego para no ver los obstáculos y con alas para salvarlo”, Jacinto Benavente.

Foto: Estatua de Federico G. Lorca en Plaza de Santa Ana